

7 de enero. 4:43 A.M.

Han pasado 38 meses, 3 semanas y 6 días desde el encuentro.

Ya sé el camino que me depara. Un corto recorrido que ahuyenta mi bienestar y dispara las ansias de terminarlo. Lo que me fue otorgado por antiguos portadores de esta absurda maldición vagabunda me está señalando la ruta que debo seguir. Las dispersas y pequeñas migajas de mi cordura son lanzadas para alimentar mis hojas en blanco, y para que mis conocimientos no sean deshonrados: pues guardo mucho en ellos.

Alancé una cárcel; soy mi propio carcelero. Si fui elegido para proteger este —para mí— insignificante cuaderno, lo cuidaré como si de mi hijo fallecido se tratase.

A estas alturas, comprendí finalmente que la misma muerte que se escondía detrás de mis cortinas, creyendo que no la veía, era el final de mi camino como custodio del cuaderno.

Acepté ese cargo hace tiempo porque no me quedaba nada por lo que seguir viviendo, al igual que los antiguos guardianes. Tras leer sus interminables escrituras, divagué sobre la posibilidad de que no fuéramos elegidos por nuestras capacidades, sino por nuestra situación y por nuestras pocas ganas de seguir adelante. Entendí que asesinaron nuestro afán de vida y nos arrebataron lo que nos rodeaba solo para convertirnos en parte de ellos. Un final execrable que ya no estoy a tiempo de cambiar.

Moderó mis formas, pero si no fuera por la escritura que me brindan las hojas del cuaderno donde estoy escribiendo, terminaría ingresado en cualquier manicomio lleno de auténticos psicópatas y trastornados. Tal vez sea como ellos: aquellos que no aceptaron la maldición y fueron condenados a ese destino. Llevo la verdad atrapada como una carga inevitable.

Seguiré escribiendo durante el resto de mis días, hasta que otro deba custodiar el cuaderno.

Mis recuerdos de aquella noche siguen tan vivos como si acabaran de suceder. Fue una noche tormentosa que condenó mi futuro a predicar el vaivén de estas extrañas creencias: aseguran que el tiempo puede quebrarse, y que eso desataría un cúmulo de problemas inaguantables para nuestra especie. No podríamos sostener el peso del tiempo y terminaríamos arrodillados, esperando plácidamente nuestro terrible destino: la inevitable muerte.

Para mí, aquella noche fue mi condena. Y mi llegada a la parte del infierno donde permanecería callado hasta el fin de mis días.

Mis ojos se abrieron al instante en cuanto el primer rayo cayó en el tejado de mi casa. Me levanté exhausto, temiendo que pudiera incendiarse algo electrónico. Cuando mis pies tocaron el suelo, me puse de pie rápidamente. Él ya estaba mirándome, inmóvil, esperando a que reaccionara ante su enorme figura. Era una silueta negra encorvada, medía más de dos metros y rozaba el techo con lo que parecía su espalda. Estaba completamente quieta, observando fijamente. No moví un solo músculo; el miedo me paralizó.

Fue entonces cuando la brisa proveniente de la ventana —la única abierta de mi habitación— pasó frente a mí dejando un susurro en el aire:

“Destino”.

Un rayo deslumbró toda la habitación, asustándome al instante y haciendo que aquella cosa desapareciera, aunque dejó una nota y un cuaderno justo donde se encontraba. Solo bastó una breve escritura de un antiguo desconocido para convencerme de encaminarme hacia mi perdición. En la nota se leía:

“El tiempo cambiará para nosotros.

Y solo algunos entenderán este cambio.

Uno de ellos eres tú.

Lee los textos del libro.

Tu pasado atormenta tu presente; sin embargo, en el futuro no será así.

Guarda esto con tu vida.

No falles en el intento, y cuando llegue el momento, sabrás qué hacer.”

Sentí que debía cumplir con mi cometido. Sentí que tenía un deber.

No volví a reencontrarme con aquel mensajero.

Conozco a mi pasado “yo”, pero ya no soy esa persona. Sé quién soy, y sé que este es mi ahora. Desconozco mi futuro y no sé quién seré en él.

La vida puede imponernos cargas que no elegimos, pero la forma en que las asumimos define quiénes somos. Entendí que soy mi propio verdugo, y que fui yo quien aceptó mi injusta condena. Pero aun sabiéndolo:

Lo volvería a aceptar.